

Era difícil que con tales sentimientos, los hechos no correspondiesen. Santa Isabel, Santa Gertrudis, San Jacinto y Querétaro dieron luego completa satisfacción á esos anhelos.

Entretanto, el maestro conservaba su Colegio Civil entre el temerario y la esperanza, entre períodos de abatimiento y de entusiasmo, y de cual habían salido aquellos resplandores que en presencia de don Benito Juárez, y, después, de Escobedo, cantaban á la *libertad*, á la *patria*, y á sus *héroes*. El, el maestro, fomentaba y dirigía aquella guerra intelectual, con el ejemplo de sus discursos y el combustible de sus lecciones; mientras que se encendía el periodismo [7] y la tribuna liberales, con ocasión de la presencia del presidente Juárez, los triunfos de Escobedo; y él se manifestaba escritor didáctico profundo, é historiógrafo concienzudo. En esta década, en efecto, dio á la estampa su «Anatomía General», que sirvió de texto para nosotros, y su «Cronología». Luego, pasada la tempestad intervencionista que mantuvo en constante alarma los espíritus durante dos largos años, tan pronto como fué restablecido el *Colegio* que extinguiera el furor imperial, el sabio y erudito maestro dió á luz su «Colección de Noticias y Documentos» para la Historia del Estado de Nuevo-Léon.

Recogidos y ordenados de modo que formen una relación seguida. Por el C. José Eleuterio González: Catedrático de Historia del Colegio Civil del Estado. Monterrey.—Tip. de A. Mier [1867].

Tal es el título y portada de ese libro, que acreditan al autor de más distinguido y laborioso de nuestros historiógrafos, y que le da fama nacional de sabio y erudito. (8)

Trataremos detenidamente de estas obras, como se lo merecen, en el capítulo siguiente; en el cual diremos, también, de contemporáneos y discípulos del Dr. González, desde el 66 al 70, que es lo que falta para concluir el cuadro correspondiente á la década que estudiamos.

CAPITULO VIII.

Obras del Maestro.—Contemporáneos y discípulos del Dr. González.

(1866-1873).

Tres tratados y uno de *obstetricia*, [inédito (1),], constituyen la esencial producción del maestro en este tiempo, aparte de las poesías y magistrales discursos, de que ya hemos hablado. Por su orden diremos algo acerca de sus obras didácticas de ese tiempo, concluyendo por esa otra *obra* inacabable, de su influencia en los espíritus del *Benemérito del Estado* según declaración oficial en ese mismo tiempo [Feb. 20 de 67], y ratificada en el año de 1873.

Y como el Ayuntamiento de 65 lo había reconocido benefactor y como á su mejor ciudadano, expresándole este voto como iniciador y fundador del Hospital de la Ciudad, contaba ya el grande hombre con la fama de sabio, filántropo y gran ciudadano! . . . Pero aún le faltaba afirmar aquella fama, aquellos méritos, incrustándolos, digámoslo así, en nuevas obras que conservan vivo el recuerdo del maestro.

El tratadito de *Cronología* que el Dr. González escribió por este tiempo, como Profesor de Historia, es una de sus obras más pequeñas; pero de las más perfectas en *Didáctica*. Da muestras claras en tan pequeño volumen de una erudición vastísima y de un profundo conocimiento de lo que vale el método en este género de obras. Da señales claras de su erudición, porque solo enuncia el asunto, cuando ya ha dado cuenta de su origen y fuente al hacer la historia del mis-

mo. De modo que al relatar la historia del conocimiento, enseña su naturaleza y sus consecuencias, con los corolarios que del mismo se derivan. De esto mismo procede la originalidad del *plan* y del *método* de la obra. Pongamos un ejemplo para mejor dar á entender el mérito de este tratadito.

No trata de la *epacta* sino cuando ya por la historia entera, desde las rudas observaciones de los asirios y egipcios hasta las delicadas comprobaciones de los griegos—en las cuales estriba y se base el descubrimiento de *Meton*, ó *Aureo número*,—ha explicado el fundamento de la *epacta*. De manera, que no solo se ha llegado de modo *mecánico*,—digámoslo así,—á esa clave con que se resuelven los cálculos civiles y eclesiásticos, sino que se ha determinado el origen y causa de todos los movimientos de los astros principales del sistema, que forma y constituye el tiempo. Ha adquirido á su vez el discípulo una serie de conocimientos históricos que se hayan esparcidos en centenares de autores, que la diligencia de éste solo fué capaz de adunarlos, y de disponerlos en el punto y lugar que les corresponde. Y lo mismo dice, y explica de cada uno de los *Ciclos* y *cálculos* que explican y facilitan la comprensión y aplicación á cada problema cronológico y de los *períodos* inventados para verificar las *ecuaciones* é igualar nuestros cálculos y fiestas, y ocupaciones ordinarias de la vida, con la naturaleza, ó sea con los movimientos de los astros.

Explica, así, por medio de la historia de todos los trabajos llevados á término por los hombres cultos de todos los pueblos de la Tierra, todos los *Calendarios*, comenzando por el origen de esta palabra hasta terminar por las diferencias respectivas, y sus ventajas con su fundamento científico y su práctica utilidad. En la explicación del *Calendario Azteca*,—una de las glorias científicas de esa raza,—muestra qué grado de cultura alcanzaran, las disposiciones de ese pueblo, á haber sido fecundado con el trato y comunicación con los pueblos del viejo mundo, y no aniquilado y deshecho embruteciéndolo por efecto de la codicia y soberbia de los conquistadores de esta tierra.

Explica del mismo modo el *Calendario Francés*,—no sin advertírsele una leve ironía por aquel espíritu exagerado de la reforma republicana,—y enseña, como respecto del *azteca*, la reducción de las fe-

chas, dando á conocer, como siempre, su historia y fundamento, explicando también todas las *Correcciones* que han sido hechas hasta su época, para lograr el permanecer de acuerdo con los hechos y la marcha de los astros.

Y como si no bastara toda esta originalidad en el seno de tanta erudición, fija en fácil romance heroico los más grandes hechos de la historia universal. Con lo que da fin el gran Profesor á su tratado.

No diremos de la otra obra de este tiempo que estudiamos, esto es, de la *Anatomía General* “sino que es como un prólogo utilísimo, ó que son unos prologómenos que facilitan de modo incalculable la difícil ciencia de la estructura y composición del cuerpo humano: pues que no solo enseña á distinguir en él las diferentes partes—tejidos sistemas, órganos y aparatos con su especial estructura y sus caracteres determinados;—no solo se concreta á dar una serie de definiciones de esas partes—que ya eso solo es útil é importantes;—sino que enseña á preparar y escudriñar en todos los componentes del complicado mecanismo, esqueleto, órgano y aparatos, con una sencillez y claridad, que es en la expresión didáctica como un modelo, á que debe tenderse en este género; pero que á muy pocos les es dado el alcanzar.

Precede á esta obra un discurso, ó sea la historia completa de los estudios anatómicos, que por si solo bastaría para calificar de erudito y sabio á nuestro autor; y que de tal modo interesa, que viene á ser el mismo discurso como adelanto en el aprendizaje del texto, é insinuación valiosa para dedicarse con empeño al estudio del mismo.

No daremos muestras del estilo de estas obras, porque siendo tan numerosas, preferimos reunir las en un solo haz—si se nos permite decirlo así,—de su admirable estilo didáctico.

Pero la obra con que se grangeó fama de hombre sagaz, laborioso y concienzudo es la que lleva por título “Colección de Noticias y Documentos para la Historia de Nuevo-León.” Ella es, sin duda, la mejor prenda de su laboriosidad y discernimiento histórico. Si algún defecto ofrece es por aquello mismo que constituye un mérito: su modestia sencilla y virtuosa, que le llevó á callar lo que expone á cada momento, sus reflexiones, en que desempeña el primer puesto la crítica

histórica imparcial y severa. Sin duda por eso, atenuando la sequedad del título, que parecía dar idea de árida y fría colección, anotó el maestro:

Los documentos Recogidos y Ordenados de manera que formen una relación seguida.

Aquí es donde aparece el historiógrafo, aquel á quien he calificado de crítico imparcial y severo, por efecto de un fino y particular discernimiento.

Después de indicar,—como dice él—el camino que debe seguirse para escribir una buena Historia de Nuevo-León,—señalando los autores á que debe recurrirse,—hace *algunas advertencias*, comenta y corrige los *errores* de historiógrafos como Arlegui, y del gran Mota Padilla, que sigue á aquel; todo, sobre cosa tan importante, como la fundación de la Ciudad de Monterrey. Y enmienda y corrige Bustamante en puntos tan interesantes como la guerra de independencia (Batallas de Carrero y Agua Nueva); y á los autores del Diccionario Universal de Historia y Geografía: pues aunque á algunos de “estos errores les halla disculpa”—porque no pudieran haber los documentos que él tuvo á las manos,—el hecho es que por su laboriosidad, su imparcialidad y su discernimiento, critica suave, pero fielmente, lo que se opone á los datos ciertos, á las lógicas conclusiones y á los corolarios que de esos datos deriva.

La historia, tal como fué publicada en su primera edición [1867] comprende desde el origen de Monterrey, y primitivas poblaciones, hasta el Gobierno de Arredondo y declaración de la Independencia, haciendo la curiosa observación de que ésta fué declarada aquí antes que en México [3 ó 4 de Julio de 1821] Los diez primeros Capítulos están consagrados á narrar *guerras, gobiernos, fundaciones*, pintando el paso costumbres y vida de aquellos audaces y rudos pobladores, peñidos entre un enjambre de tribus salvajes. . . Los seis restantes, que comprende la Primera Parte, se refieren, principalmente á la Historia eclesiástica del Nuevo Reino —Cuanto á la Segunda Parte, toda ella trata de la guerra de Independencia en este Nuevo Reino. Que un historiador severo se demuestra con el solo trozo siguiente:

A los yerros del Padre Frejes no les hallo disculpa. El dice que su obra es un extracto de la de Mota Padilla; y parece que no la leyó con cuidado, porque la entrada del Padre Larios á Coahuila en 1,570.; y sin echar de ver el anacronismo que cometió...etc.

Emplea luego la Crítica al estilo del Padre Mier, con quien tenía en este punto gran semejanza, por diferentes y contrastantes que sean en lo general sus caracteres.

Que trae reflexiones dignas de Cantú ó de Prescott, se prueba con solo un trozo como este:

Cuán admirables y superiores á toda ponderación fueron el celo, la abnegación y santidad de aquella multitud de misioneros, mejor diré, verdaderos apóstoles, que á costa de inauditos trabajos y de su sangre misma, por espacio de dos siglos, predicaron la fé de Cristo y los beneficios de la vida civil á las incultas y bárbaras naciones que poblaban la dilatada extensión de la Nueva-España. Religiosos eran estos verdaderamente ajustados á los preceptos y consejos del Evangelio, sin más vestido que el tosco sayal de San Francisco, que desalinado y roto les daba el aspecto de mendigos, enteramente descalzos, habiendo renunciado aun el permitido uso de las sandalias; sufriendo toda clase de privaciones, pero animados de una fé viva y de una caridad ardiente, viajaban solos y á pié, sin mas armas y provisiones que un *Breviario*, alguna imagen de Cristo ó de la Virgen María, y su ilimitada confianza, en los auxilios de la Providencia.....

Y más abajo.

En vista de todo esto no causa extrañeza ver al gran conquistador de México apresurarse á bajar de su magnífico caballo, ponerse de rodillas y besar humildemente, penetrado de respeto orla carcomida del ábito roto y empolvado de Fr. Martín de Valencia, Venerable Prelado de aquellos misioneros adornados de tan eminentes virtudes.

En caso de testimonios opuestos, ó contradictorios, adopta un término medio racional y establece una hipótesis, que equivale casi á la certeza; como al expresarse de este modo:

El Nuevo Reino de León tal vez se descubrió por los de la expedición de Urduñola, ó por algunos otros aventureros ó misioneros: pues consta que estuvo sujeto al gobierno de la Provincia Charcas, que fué de la conquista de Urduñola; y hay mercedes concedidas á los vecinos del Nuevo Reino, por el Alcalde Mayor de la villa de San Luis, capital entonces de aquella Provincia.

A las veces, y siempre oportunamente, es incisivo; como cuando dice:

Da lástima ver que los vecinos del Nuevo Reino de León quisieron sujetar los indios con armas pedidas á México, cuando ellos mismos habían dejado destruir la compañía volante, y eran el principal motivo de su alzamiento.....

Se refería, en efecto, á los encomenderos avarientos, que trataban á los indios como bestias de carga!

Algunas veces el autor, en este estilo, llega hasta la ironía y burla, y así dice:

No deja de ser curioso ver á los Doctores teólogos aconsejar que se resistieran los insurgentes á *pedradas*, y defender el dinero.....

En efecto, á la consulta del Ayuntamiento al Cabildo eclesiástico para la defensa común, ésto aprobó todos arbitrios; menos á aprontar el dinero que se le pedía.

Podíamos multiplicar los ejemplos; pero creemos que con lo insertado basta para demostrar que el Dr. González no es un simple coleccionador de documentos, ni cuando se propone serlo; sino un profundo historiógrafo y galano escritor.

Entretanto, y como tendremos que volver sobre los escritos de este hombre extraordinario, concluiremos con este sucinto análisis, pasemos á sus contemporáneos y discípulos.

Mas volvamos la vista á los que la poesía y las bellas letras ilustraban esta década, y cuyas labores quedan bosquejadas en el capítulo anterior. No haremos más que completar el cuadro, dando en este los últimos toques.

La presencia del gran republicano y su gabinete fué un relámpago, que nos deslumbró, despertando dominadas energías y dando ocasión á que hombres formados, y jóvenes discípulos del Dr. González, ejercitaran sus fuerzas en la *Oratoria patriótica*, ó la *encomiástica demostrativa*,—que llaman los retóricos,—y junto á colosos tribunicios, bien avezados, y á *líricos* poetas de *palabra de fuego y voz de trueno*, que hacían estremecer de emoción y de entusiasmo el alma del oyente!... Fué un relámpago!... y esos jóvenes que no eran bastante importantes para despertar la suspicacia del francés ó del traidor, allá fueron á ocultar sus sentimientos liberales y su anhelo por la república en un periódico literario “La Guirnalda”, que suscitaba, no obstante su cautela, enojosos altercados con “La Gaceta Oficial”

del Imperio. [2] El Colegio Civil desapareció, aunque ocultamente conservado por el *Maestro*; y solo en las fiestas de beneficencia, como la provocada por el mismo *maestro* y *filántropo* González, para arbitrar fondos al Hospital, se dejaban oír los cantos de Dávila, Múzquiz [de Coahuila], y de sabios como el Dr. José María Lozano, que cooperaban con el gran *benefactor*, incitando con sus poesías al mejor logro de su noble empresa: todo, como gran sacrificio, en presencia del Prefecto Imperial y de las bayonetas francesas....

Ya conocemos estro y fecundidad de Dávila; enunciaremos solo la *Oda* que el Dr. Lozano pronunció en la fiesta (3) y cuya primera estrofa dice:

Ese piadoso asilo, en donde encuentra
El doliente mortal gratos consuelos,
y la ciencia consagra sus desvelos
A calmar el dolor: donde concentra
Todo su afán; y junto al triste lecho
Del infelice que angustiado sufre,
Y ayes exhala del doliente pecho,
Generosa, esforzada y diestra lucha
Con los humanos males,
Ciñéndose con lauros inmortales.....

Son dignos de mención unos versos de arte mayor, que surgieron anónimos, y que parecen consagrados á rendir tributo de admiración á la principal señorita de aquel cuadro dramático improvisado [3]; tienen facilidad y fuego, y cuya primera estrofa es como sigue:

¡Colmadla de aplausos.....Cubridla de flores.
¡Mil cantos rendidle de elogio y amor!
Mirad en sus ojos los bellos fulgores
Del alma talento, y gentil corazón!

Todavía es más vehemente en el ritornelo, cuando dice:

¡Alzad con su fama candentes loores!
Que se alzen por ella mil himnos de amor!
¡Colmadla de aplausos.....Cubridla de flores,
Que todo merece su buen corazón!

Eran de Villalón ó de Margil Cortes? no sabremos decirlo. Lo

cierto es que fueron los dos únicos nuevoleonese que en la tormenta de esa época escribieron versos eróticos. Ahora bien: el gran número de composiciones de este género que aparecieron en las hojas volantes de ese tiempo con las iniciales *A. M. C.*, nos hacen suponer que eran del Dr. Cortés. Las composiciones «A Ella».—«Las Nubes».—«Una Golondrina».—«La Providencia» y algunas otras, llevan al calor las iniciales expresadas, y todas fueron publicadas en el breve periodo del Gobierno imperial. Haremos de algunas un somero análisis.

«A Ella» tiene pensamientos que acusan en su autor, imaginación y sensibilidad, que son la fuente de la única y verdadera poesía; como estos:

Que á tu lado no más mirara ansioso
Los celajes rodando por la esfera,
Y las aves que en vuelo vagoroso
Cruzaban la extensísima pradera.
Ya no admiró los campos de esmeralda;
Del astro-rey los vividos destellos:
Ni entretejo con rosas la guirnalda,
Que adorna tus magníficos cabellos.
Ya no voy á la playa solitaria
A escuchar del Oceano los rumores;
Ni á levantar mi férvida plegaria
En medio de los vientos silbadores.

De donde se deduce que la naturalidad y facilidad, que dió tanto lustre y fama poco después á Manuel Acuña, tuvo un precursor en el modesto nuevoleonés, arrebatado prematuramente también, como aquél á la ciencia y á las letras mexicanas.

Ya no escucho el susurro de los vientos—

decía, anticipándose en mostrar las bellas cualidades que sobresalió el infortunado coahuilense,—

Que juegan con el lirio y la azucena;
Ni los vagos, tristísimos lamentos
De las ondas que mueren en la arena.
Porque ¡ay! muy lejos de la joven pura
Que mi camino engalanó con flores,
Solo queda, en mi amarga desventura,
El cáliz apurar de mis dolores.

En «Las Nubes», en que se advierte la huella que dejara Zorrilla en nuestro autor; como en «A Una Golondrina», la de Metastasio, se admiran pensamientos dignos de un gran poeta. Sin espacio para transcribirlas, citaremos de «La Providencia», las levantadas estrofas siguientes:

Yo te adoro, Señor, cuando contemplo
La tierna planta, que del suelo nace;
Y cuando el sol con su calor deshace
La niebla que el espacio encapotó.
Cuando miro los valles, las praderas,
Los torrentes y rápidas cascadas;
Las extensas llanuras, salpicadas
De flores, que la lluvia refrescó.
Sea bendita, señor, la Providencia
Del Dios de la suprema bienandanza,
Que en el pecho del hombre la esperanza
Cual saludable bálsamo virtió.
Desgraciado el mortal que de esa mano
Desconoce las grandes maravillas;
Y humilde no se postra de rodillas
A los pies del que al mundo redimió.

Claro es que en el principio de esta última, vendría mejor el apóstrofe, porque de otro modo no cabe el vocativo *Señor*; pero todos los pequeños lunares que pudieran advertirse, nada significan ante las bellezas que resplandecen en todas las composiciones de A. Margil Cortés.

Pocos meses después de publicado lo que va dicho en la hoja volante, aparece el Teniente Coronel Ruperto Martínez, [Julio de 66]; el émulo de los Treviño, Naranjo, Garza, Doria y Gorostieta (4), y deshace como ráfaga tempestuosa el ficticio dominio imperial en Monterrey y en toda la Frontera: vienen luego estos bravos guerreros con la noble figura de Escobedo á su cabeza; y comienza aquella verdadera explosión de entusiasmo, que en *proclamas, discursos, alocuciones y poesías*, se desbordó durante seis meses, [Julio á Diciembre de 66], hasta que marchó el glorioso ejército á consumir en San Jacinto y Querétaro la espléndida campaña (5). Cayetano Treviño, Dávila,